

¿Podemos hablar de un feminismo posmoderno? (relación feminismo-posmodernidad)

Virginia Hernández Enríquez

La inclusión del discurso feminista dentro de la teoría posmoderna es semejante a la apreciación de una pintura en claroscuro. A lo largo de este ensayo presentaré algunas de las luces y las sombras que distinguen y unifican estos dos términos: feminismo y posmodernidad.

Aclaro que me referiré a este discurso como aquel que comprende la escritura de mujeres, literatura femenina, y la teoría y crítica realizada por las mujeres desde una perspectiva de género. Discurso feminista que como dice Aralia López,

...es ya la posibilidad de un “filosofar” de las mujeres: posibilidad que se transforma en hecho consistente con la aparición del discurso feminista-contradiscurso o contrarrazón en el marco referencial del discurso y la razón patriarcales... la condición de posibilidad y legitimación de un discurso social y cultural desde la perspectiva de un sujeto con género, que al posicionarse como valioso asume la categoría de género como uno de los ejes de análisis crítico para pensarse y pensar la sociedad y la cultura en su conjunto, contradiciendo su supresión histórica (1995:22).

Puesto que el feminismo se ha caracterizado por ser un movimiento emancipador, las teóricas feministas de varias disciplinas han intentado, durante casi tres décadas, encontrar diversos caminos para lograr la igualdad de derechos de las mujeres. Indudablemente, la teoría feminista se ha distinguido por encuentros y tensiones con el discurso patriarcal, entendiéndolo éste como la marginación de las mujeres en todos los ámbitos, es decir, en lo público y en lo privado, es un discurso que intenta acallar el género; de ahí su identificación con el discurso de la Razón, entre otros, y con ciertos cánones establecidos para el “progreso modernizador”.

Mi propuesta es explicitar la relación paradójica entre discurso feminista y posmodernidad y mostrar algunas de las luces y las sombras a las que se han enfrentado desde cada postura. El feminismo, muchas veces, ha sido considerado como poco serio, y a la teoría posmoderna se le ha tachado de relativista. A pesar de ello, dentro de algunas posturas de los teóricos/as de ambos lados se ha dado la coincidencia, puesto que ambos cuestionan el discurso de la razón en cuanto a su posición universalista y canónica; sin embargo, es una realidad que muchas teóricas feministas rechazan el que se incluya el feminismo y sus postulados dentro de la posmodernidad, en especial aquellas que están en pro del Iluminismo y la razón; consideran este modelo poco serio para teorizar acerca del feminismo, puesto que aquél desacredita la racionalidad. Por su parte, las que insertan el feminismo en la posmodernidad, coinciden en la crítica dirigida a la cultura occidental y sus límites estrechos y poco accesibles, por lo tanto encuentran que el paradigma posmoderno es mucho más conveniente para realizar las aproximaciones feministas sin tener que atenerse a los cánones establecidos.

De ahí la ambigüedad relacional de estas teorías, ya que no se puede poner en tela de juicio a la razón como arma válida para la argumentación, ni tampoco desacreditar el posmodernismo, pues es un modelo adecuado para ampliar las teorías feministas sin la necesidad de basarse en un racionalismo extremo.

Por su parte, algunos teóricos posmodernistas han enfatizado sobre el aspecto “pluralista” de la condición posmoderna; de ahí mi idea al establecer esta relación amistosa entre ambas teorías, pues dado que el posmodernismo aboga por la pluralidad de los discursos, ahí podría contemplarse el *discurso feminista*.

Acerca de la forma de acercarse a la posmodernidad, George Yúdice menciona en su ensayo “¿Puede hablarse de posmodernidad en América Latina?” que se tiene que analizar en dos dimensiones: “una que tiene que ver con la heterogeneidad de formaciones económico-socio-culturales irreductibles a una modernidad monológica y otra que considera las posibilidades de participación democrática en estas formaciones heterógeneas” (1989: 107).

Es una realidad que la definición de lo posmoderno es difícil, y por demás ambigua; no es una filosofía, sino más bien una crítica social, y desde la filosofía pragmática de Lyotard es el equivalente a la filosofía del pluralismo y la relatividad. De ahí que el posmodernismo haya sido considerado, según Donna Harvery: “una situación abierta al debate y a la reconceptualización, pero contemplada en su relación con fenómenos concretos relacionados con lo social, lo económico y con la vida cultural”¹ (Ferguson y Wicke, 1993:3, la traducción es mía).

Por otra parte, el feminismo es un fenómeno social que se ha distinguido por su lucha por la emancipación de las mujeres, movimiento en el que diversas teóricas han realizado varios intentos para mejorar a la humanidad en general. Sin embargo, muy a su pesar, al *discurso feminista* se le ha considerado un discurso periférico o marginal, que originalmente surgió del discurso patriarcal; de ahí que para la intención de este

ensayo y poder lograr el acercamiento entre ambos discursos, sea necesaria la revisión de algunas posturas dentro de la teoría feminista, que servirán como base para la aproximación entre estos dos conceptos: feminismo y posmodernidad.

En primer lugar, dentro de las teóricas feministas se encuentran aquellas que se apoyan en el *esencialismo*,² debido a las oposiciones entre naturaleza femenina y naturaleza masculina, y tomando el cuerpo femenino como fundamento del feminismo. A pesar de las diferentes posturas del feminismo *esencialista*, este concepto actualmente ha sido objeto de debates; de ahí que la crítica feminista rechace la naturaleza femenina, partiendo de la antigua definición de Simone de Beauvoir de que “no se nace mujer, se llega una a serlo” (1986: 13).

Muestra de esta teoría esencialista sería Adriene Rich, quien en *Sobre mentiras, secretos y silencios* (1974) proponía la integración de las mujeres a todas las áreas que hasta ese momento les habían estado vedadas. A pesar de esto, Rich no escapa al establecimiento de ciertos problemas jerarquizantes, provenientes de la ideología patriarcal y al aprovechamiento del conocimiento masculino para lograr la autodeterminación; de ahí que algunos de sus planteamientos repitan estereotipos de la sociedad patriarcal que consideran a la mujer como *ser para otros* (dada su esencia); de cualquier modo, su intento era lograr el acceso de las mujeres a una identidad colectiva; sin embargo ¿cómo sería esto posible si es tan difícil acceder a la construcción de la propia identidad? Rich (Golwob: 25), por lo tanto, tenía ciertas aspiraciones para las mujeres, entre otras la del paradigma científico del Iluminismo, al argumentar que la razón, en sí misma, tiene cualidades universales y trascendentales, y que existe en forma independiente de las experiencias de la existencia. Su esencialismo ha sido ampliamente discutido por diversas feministas.

Otra teórica norteamericana, Kate Millet en *Sexual Politics*, (1975) habla de política y la define como “el conjunto de relaciones y compromisos estructurados de acuerdo con el poder, en virtud de los cuales un grupo de personas queda bajo el control del otro grupo” (citado por Olivares, 1997:78) Millet ve esta política como la dominación del grupo patriarcal sobre las mujeres; sin embargo, el término de política sexual parece ser reduccionista y además esencialista, pues se limita a la ideología sexual como síntoma de opresión en todos los aspectos de la vida femenina, dado que en esta época ya no se puede hablar solamente de opresión sexual, cuando los fenómenos económicos, como el modelo neoliberal y la globalización, originan otro tipo de políticas socioeconómicas, que causan mayor opresión, particularmente para las mujeres del Tercer Mundo.

Elaine Showalter, en *The New Feminist Criticism* (1983), por su parte, considera que la *crítica feminista* es dependiente de la crítica dominante, y por lo tanto la juzga como una mera revisión de la ideología patriarcal, de ahí que su *ginocrítica*³ se problematice al no considerarse ideológica. Showalter la define a partir de la literatura femenina para estudiar “lo que las mujeres han sentido y experimentado” (Olivares, 1997: 58), y

aunque se fundamenta en el concepto de *escritura femenina*⁴ de las teóricas, francesas, no deja de proponer a la cultura femenina como una subcultura. Showalter considera la pluralidad políticamente ineficaz; sin embargo, hoy día podemos hablar de una pluralidad que cabe dentro de la condición posmoderna y que se fundamenta en la soberanía de cada ser humano como sujeto y en el respeto de los derechos del mismo. Por lo tanto me atrevo, a pensar que Showalter coincidiría tal vez con algunos teóricos del posmodernismo, a los que me referiré más adelante, en el sentido de considerar la literatura femenina como otro discurso fragmentado e inserto en diversos contextos sociales. Para mí es válida la postura de Showalter acerca del *ser mujer* como una experiencia femenina compartida, a pesar de su idea de que la crítica y la teoría feministas no pueden concebirse fuera de la cultura dominante.

Cabe hacer la aclaración, –antes de abordar el discurso feminista posmoderno– que el término posestructuralismo ha sido el utilizado dentro de la crítica y la teoría textual, mientras que el posmoderno es usado como concepto filosófico o sociológico. Linda Nicholson, hace esta distinción entre ambos términos en su ensayo “Feminism and the Politics of Postmodernism”, y se apoya en la diferencia que a su vez realiza Nancy Fraser, de los dos modelos para teorizar el lenguaje, surgidos en Francia: uno, el posestructuralismo es un modelo que estudia el lenguaje como un sistema simbólico, y el modelo posmoderno es un modelo pragmático, visto como juego de prácticas situadas históricamente. Ambas autoras prefieren el segundo porque beneficia las políticas feministas. Nancy Fraser menciona lo siguiente, al referirse al segundo modelo:

Primero, éste trata a los discursos como contingentes, suponiendo que estos surgen, se alteran y desaparecen a través del tiempo. Entonces, el modelo se presta a la contextualización histórica; y permite tematizar el cambio. En segundo lugar, la aproximación pragmática entiende a la significación como una acción más que una representación. Está interesado en ver cómo la gente “hace cosas con las palabras”. Así que el modelo permite ver a los sujetos hablantes no simplemente como efectos de estructuras o sistemas, sino como agentes socialmente ubicados. Tercero, el modelo pragmático trata a los discursos en plural. Empieza por asumir que existe una pluralidad de diferentes discursos en la sociedad, por consiguiente una pluralidad de lugares comunicativos desde donde hablar. Dado que éste supone que los individuos asumen diferentes posiciones discursivas conforme se mueven de un marco discursivo a otro. Este modelo se presta a teorizar sobre las identidades sociales no monolíticas. Por lo tanto, la aproximación pragmática rechaza asumir que la totalidad de significados sociales en circulación constituya un “sistema simbólico” único, coherente y autorreproductor. Por el contrario, permite el conflicto o debate entre los esquemas sociales de interpretación y entre los agentes que los despliegan. Finalmente, porque une el estudio de los discursos al estudio de la sociedad, además de permitir focalizar el poder y la inequidad. (citado por Nicholson, 1994: 79-80, la traducción es mía).

De ahí que retomando a estas teóricas me encuentre en el dilema de coincidir con aquellos que incluirían este discurso feminista como una manifestación discursiva meramente simbólica (Derrida, Lacan, Foucault, y Kristeva, entre otros). Linda Alcoff en su ensayo "Feminismo cultural versus post-estructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría femenina", insiste en que, efectivamente, esta teoría permite a las feministas de esta corriente la construcción de la subjetividad, pero sin tomar en cuenta "el espacio para maniobrar del individuo dentro del discurso social o conjunto de instituciones... Para el post-estructuralismo, raza, clase, género son construcciones y, por lo tanto, incapaces de concepciones decisivamente validantes de justicia y verdad porque en el fondo no existe ningún núcleo natural sobre el que construir o al que liberar o maximizar" (1989:6).

Por otro lado, Toril Moi, quien ha realizado una exhaustiva revisión de las teorías feministas, en la apropiación que hace de la teoría de Pierre Bourdieu, apoya el que ser mujer sea más bien un constructo social; pues afirma que el género como una construcción social es sumamente variable y tiene que ver con la teoría de Bourdieu acerca de las "clases sociales", es decir, que hombres y mujeres se relacionan igual que otros grupos, en términos de dominante y dominado.⁵ (1991:103-5). Por lo tanto, cualquier constructo social femenino se estructura dentro de diferentes contextos sociales.

Teresa de Lauretis no está de acuerdo con la teoría *esencialista*, ni con el feminismo cultural y su propuesta de construcción social, de hecho, ella propone una teoría feminista que permite hacer lecturas críticas de todo tipo de textos. Desde una postura mucho más pluralista, para De Lauretis, "ser feminista no es la consecuencia 'natural' de ser mujer, sin embargo puede contribuir, como política y discurso social, a la experiencia social construida de las mujeres" (Golubov, 1993: 37).

Está claro que actualmente existe gran cantidad de mujeres dedicadas a la escritura y a la crítica literaria, mujeres que además parten de diferentes posturas, por lo que muchos de los discursos que un día fueron considerados marginales ahora son testimoniales o de vanguardia. Sabemos que la estética no puede escapar a una ideología, ni a la subjetividad histórica, ni al contexto social. Por lo consiguiente la postura de Fraser, en cierto modo, coincide con la de Lauretis y con la de Toril Moi, así, de acuerdo con lo que dice Nattie Golubov, "ser feminista (...) puede contribuir, como política y discurso social, a la experiencia social construida de las mujeres", a la que añade lo siguiente mencionado por De Lauretis: "La relación de la experiencia al discurso, finalmente, es lo que está en cuestión en la definición del feminismo" (:37), puesto que el discurso feminista, según De Lauretis, es "una configuración de estrategias retóricas e interpretativas, un horizonte de significados posibles que por acuerdo pueden constituir y definir al feminismo en un momento histórico dado" (:37).

Linda Alcoff ofrece otra alternativa a la que denomina "posicionalidad" y se refiere al problema de la subjetividad como un problema metafísico más que empírico, mismo que define así:

El concepto y la posición de las mujeres no es finalmente indecible o arbitrario. Simplemente no es posible interpretar nuestra sociedad de forma tal que las mujeres tengan más o igual poder con respecto a los varones. La concepción de la mujer que delineé limita las construcciones de la mujer que podemos ofrecer definiendo la subjetividad como posicionalidad dentro de un contexto (:15).

Esta autora y su teoría posicionan al sujeto femenino, igualmente en un contexto social, además movable, que lleva a la mujer a construir significados; de ahí la pluralidad de subjetividades construidas de este modo que interactúan intersubjetivamente para articular un feminismo posmoderno, agregaría yo.

En cierto modo, todas las investigadoras citadas han contribuido a una construcción teórica del discurso feminista, y este desplazamiento de los conceptos también ha sido útil para la teorización según el contexto histórico-social de las mujeres, ya que “los efectos del género no son predecibles, estables ni unitarios” (Golubov:8). Por esto partiendo, de esta inestabilidad y pluralidad discursiva, lo que dice esta autora sustentaría mi propuesta, puesto que el pluralismo disminuye las imposiciones contra la libertad individual y el feminismo las enfatiza (:11).

En este mismo orden de ideas, el caso de las escritoras y críticas latinoamericanas, sin lugar a dudas, ofrece propuestas de cambio o ruptura, así como del rescate de la subjetividad, y aquí vuelvo a la propuesta de De Lauretis, quien insiste en la creación de esta subjetividad femenina, misma que se da en determinado contexto, social, histórico y cultural para cada mujer.

A pesar de que algunos teóricos posmodernos hablen de una “muerte del sujeto”, creo que éste no ha muerto, pues es necesario su rescate para poder tomar una postura dentro de la teoría feminista, a este respecto cito lo que dice Celia Amorós en su ensayo “Feminismo, Ilustración y Posmodernidad”:

Posmodernidad... cuya caracterización sumaria (sean cuales fueren las no desdeñables diferencias entre los pensadores que se asumirían como posmodernos o posmodernas) se concreta, como es sabido, en torno a determinadas actas de defunción: muerte del sujeto, muerte de la razón, muerte de la historia, muerte de la metafísica, muerte de la totalidad. Muerte de toda una retícula de categorías y conceptos que mantienen entre sí unas relaciones orgánicas que vertebraban el proyecto de la modernidad, el proyecto ilustrado entendido como la emancipación del sujeto racional, sujeto que se encontraba de algún modo en posición constituyente en relación al proceso histórico interpretado desde alguna o algunas claves totalizadoras relacionadas a su vez con el protagonismo de ese sujeto y los avatares de su sujeción y su liberación (1995:23).

Coincido con la filósofa española respecto a la muerte de este sujeto, que la Ilustración había considerado un sujeto masculino pues su muer-

te, de algún modo, representa "...la liberación verdadera de lo femenino, la liberación auténtica de las mujeres, pasa por la muerte del mito de la emancipación del sujeto de la modernidad, al que totalitariamente se pretendía homologarnos" (:24).

Por lo que, si tratamos de ser objetivos, encontramos que al discurso feminista deberá vérsese no como a un subproducto de los discursos patriarcales, sino como un discurso propio que surge en el momento histórico en que estos pierden validez y nos remite a la condición posmoderna.

Pero a fin de cuentas, ¿qué es el posmodernismo?, ¿un símbolo del fin de la modernidad, o la meta a llegar?, ¿o es tan sólo una medida o forma de periodizar que ha llevado a los críticos de varias disciplinas a hacer un alto en el camino para poder cuestionar al mismo modernismo?

Pienso que el debate que existe desde los años 80 entre modernidad y posmodernidad, debe tratarse más bien desde un punto de vista histórico para comprenderlo mejor, pues como dice Nicolás Casullo:

Cuando los defensores de lo moderno le reprochan al posmodernismo su fragilidad, su ser apenas una corriente estética o teórica, o cuando lo posmoderno dice estar hablando no desde un estilo o como nueva vanguardia, sino desde la actual condición del mundo, ambas posiciones aluden a la vigencia o al fin de narraciones que soportan la historia: que la hacen presente como tal con su carga de sentidos y valorizaciones. Narraciones frente a las cuales lo más importante hoy no es asirlas en lo que tienen de exposiciones diáfanas, sino en lo que albergan también como oscuridades o espectros. (1989: 20)

De ahí que, siguiendo a Casullo, se dé una nueva subjetividad histórica, y cito:

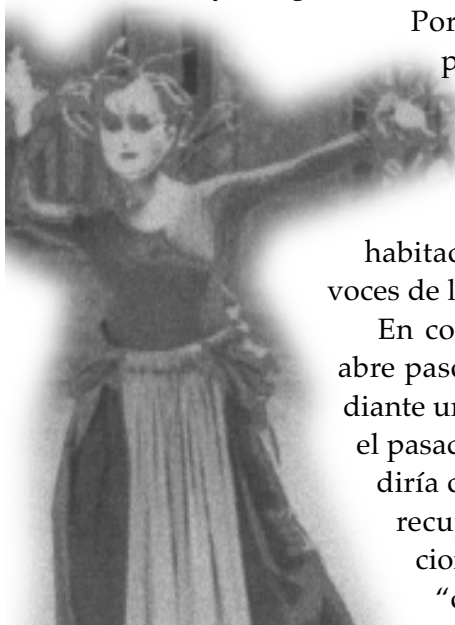
Lo que trágicamente expondrá la modernidad es que la crónica del hombre no encontrará su resolución en esta discursividad legitimadora, sino que será precisamente y sobre todo desde esta nueva potestad de la palabra moderna que comenzará la infinita batalla de la modernidad consigo misma; entre sus ensueños, sus textos y sus verificaciones históricas. La morada del sujeto (la de los lenguajes portadores de la interpelación y las respuestas) se erguirá como el espacio de cumplimiento tanto de la vida como del caos, recinto de los ángeles "racionales" e "irracionales", reino de lo expresable de la conciencia de lo inexpressable, de la euforia y del pesimismo. (:26)

Si la modernidad estableció paradigmas para teorizar, criticar o reflexionar, sin duda la posmodernidad lo ha hecho también, aunque le resulta mucho más complicado responder a lo inacabado del proyecto modernizador, según Habermas, o a su misma liquidación, según Lyotard; pero esta condición posmoderna del desencanto y el nihilismo que surge en un mundo fragmentado, resultante entre otros factores de los avances tecnológicos, de la comunicación masiva y del consumo, de algún modo vuelve a través de ciertos discursos y teorías, –muy a pesar de los apocalípticos–, a tratar de construir un nuevo escenario para que

ese “sujeto en crisis” no se disuelva al igual que las representaciones modernas. Lo que sí ha sido disuelto, o por lo menos opacado, coincidiendo con Lyotard, son los “grandes relatos” construidos por la Ilustración, o relatos patriarcales, creándose un sin fin de micrologías o discursos marginales entre los que se ubicaría el discurso feminista, entre otros discursos marginales o periféricos como pueden ser las expresiones del “otro” entendiendo a este otro como a la diferencia, ya sea racial, social, económica, geográfica, etcétera.

Y aquí vuelvo al feminismo y a la introducción del término *diferencia* como categoría analítica, que en realidad está bien relacionado con la categoría de *género*,⁶ sin embargo, para Kristeva la *diferencia* consistiría en una nueva actitud liberadora: “de su creencia en la Mujer, Su poder, Su escritura, para canalizar esta demanda de *diferencia* hacia cada uno de los elementos del todo femenino, y finalmente hacer emerger la singularidad de cada mujer, y más allá de eso, sus multiplicidades, sus lenguajes plurales (...)”, de modo que se considere la lucha “la implacable *diferencia*” situada en “el lugar en el que opera con la máxima intransigencia...en la identidad personal y sexual” (citado por Cecilia Olivares: 34) Otra teórica francesa, Hélene Cixous, propuso su concepto de la diferencia como *escritura femenina*. De Lauretis no está de acuerdo con el mismo, pues considera que este concepto no plantea la cuestión de la subjetividad femenina ni las diferencias entre las mujeres, para ella “las fronteras del feminismo deben corresponder para cada una de nosotras, a ciertas limitaciones subjetivas, de acuerdo con nuestras historias” (citado por Golubov :37).

Hasta aquí se ha planteado cómo los diversos discursos feministas emergen como un lugar desde donde se puede criticar el poder y logran ser verdaderos modelos de ruptura y transgresión, a los que tal vez se les posibilitará el luchar, con menos dificultad contra fantasmas o creencias culturales que se difuminan. De ahí la postura de Nelly Richards, teórica chilena, quien ve la conveniencia del “discurso posmoderno”, útil para la crítica y la teoría feminista porque lo sitúa como un discurso descentrado y marginal.



Por lo tanto, el nuevo sujeto histórico posmoderno empieza a hablar con discursos frescos a los que rige una nueva lógica, pues la modernidad entra en conflicto con la lógica discursiva de la Razón e inicia su co-

habitación con otros discursos como son las voces de la memoria, el deseo y la transgresión.

En consecuencia, el discurso feminista se abre paso al ir descubriendo significados mediante un lenguaje que le permite hablar sobre el pasado, como anamnesis, y en esto coincidiría con lo que dice Lyotard acerca de esta recuperación del pasado en forma no racional, al tratar de asociar elementos que “conducen a través de una dolorosa

elaboración al duelo de los afectos" (1989: 98). Así, el discurso feminista mediante, este recuerdo y al no dejar morir las experiencias del pasado, trata de resolver problemas presentes, es un discurso memorioso, de resistencia y alternativo frente a otros factores posmodernos que no son del todo congruentes con él, y éstos serían los embates capitalistas a través del consumismo y la tecnología.

Por su parte, el feminismo latinoamericano se ha desarrollado de la tensión entre una utopía transformadora y los procesos concretos organizados por las mismas mujeres; muestra de ello son los movimientos políticos, intelectuales y de otros sectores, que efectivamente han originado desencuentros y tensiones, pero que se manifiestan con una gran diversidad. Estos movimientos de todos los niveles se han cuestionado acerca de la identidad y de la autodeterminación femenina y se han movilizado en todos los aspectos sociales, culturales y políticos.

Las prácticas realizadas por los mismos parten de la ambigüedad para buscar autonomía y construir democracia. Estas prácticas son la muestra de representatividad de los discursos y teorías con el fin de que éstos no se queden en mero discurso, sino que en efecto sean voces que participen activamente. Las transiciones de alejamiento han permitido también que se dé una transformación de significados mediante el análisis del discurso feminista, un discurso que no se basa en una pura racionalidad y que permite darle crédito a la imaginación. De ahí que el pensamiento o teoría feminista funja como un agente de cambio de la sociedad actual, colaborando a una transformación cultural.

Aunque se ha dicho que el feminismo de la segunda ola fue muy fuerte y vigoroso, no podemos descartar que el actual, el del nuevo milenio, no tenga la misma presencia, pues sus teorías se han discutido desde la interdisciplinariedad y siento que toman una nueva presencia para menoscabo del actual modelo económico neoliberal, por lo que su inclusión en el paradigma posmodernista da como resultado la incorporación de nuevas perspectivas teóricas en los planteamientos discursivos feministas tales como la deconstrucción, pluralidad y búsqueda de la subjetividad, entre otros.

Parece ser que en esta etapa posmoderna, con sus características neoliberales, estuviéramos en una posición más desventajosa, pues de hecho existe un control neoconservador, así; dentro de lo político, los discursos feministas tienen que hacer una profunda reflexión para aclarar las prácticas de las mujeres. Reflexión que se encarga de realizar el cuerpo teórico feminista, el cual, cada día, amplía sus propuestas y conocimientos, por lo que no se puede desconocer el carácter social de los estudios del género, mismos que coincidirían con aquel posmodernismo que "desarrolla elementos críticos y autocríticos de la modernidad".

Por supuesto, no podemos hacer a un lado que el debate entre modernidad y posmodernidad ha llevado a un amplio corpus de producción teórica y que ésta tiene que ver directamente con las transformaciones culturales que vivimos en la actualidad. Me gustaría añadir que si el discurso feminista ha sido considerado un discurso de fractura como otros, el discurso feminista latinoamericano lo sería tam-

bién, y aunque Jameson y otros teóricos posmodernistas hablan de este fenómeno desde el modelo cultural europeo, y se refieran a un mundo que no puede construir mapas de la realidad debido a la fragmentación, cómo es que el discurso feminista que en un momento perteneció a la periferia de esos discursos eurocentristas, en la actualidad y a través de esa diversidad o pluralidad de la posmodernidad ha surgido con nuevas posturas teóricas. Pienso que a pesar de la esquizofrenia (Jameson) en que vive el sujeto posmoderno y de la obscenidad que mata al sujeto a través de la exagerada información y lo hace caer en la fascinación de la comunicación fragmentando su espíritu (Baudrillard), el discurso feminista subsiste porque se inició como discurso periférico, y esto le ha permitido irse ubicando y no ser un mero objeto de conversación del posmodernismo, como dice Di Stefano, en el sentido de que “el posmodernismo se ha reapropiado del término político de “pluralismo” para describir su propia versión como una gran “conversación” entre una variedad de participantes fracturados” (1990:77, la traducción es mía).

Entre otros riesgos que esta autora señala acerca de la inclusión del feminismo como discurso posmoderno, se refiere al peligro de convertirse en un mero discurso de resistencia en contra del poder hegemónico y no en un verdadero discurso alternativo. Así que muchas teóricas han tratado de ajustar, mediante la crítica del posmodernismo, un pensamiento o discurso feminista posmoderno (Linda Nicholson, Nancy Fraser, Jane Flax, entre otras).

Si volvemos a Latinoamérica, podemos percatarnos de que los teóricos interesados en este debate modernidad / posmodernidad, siempre mencionan el feminismo como de refilón, dado que muchos y muchas de ellas trabajan desde la academia norteamericana y hacen su objeto de estudio a las mujeres del Tercer Mundo, quienes tienen diferentes conflictos y forma de expresión. A este respecto, Jane L. Parpart, en su ensayo “¿Quién es la “otra”?: una crítica feminista posmoderna de la teoría y la práctica de mujer y desarrollo”, se refiere al disgusto de muchas feministas respecto a la concepción que tiene el mundo académico occidental sobre las mujeres del Tercer Mundo pues:

Se presenta a las mujeres del Tercer Mundo como uniformemente pobres, sin poder y vulnerables, mientras que las mujeres occidentales constituyen la piedra de toque de la feminidad moderna, educada y sexualmente liberada. Semejante análisis reduce las múltiples realidades de las mujeres y a la vez reduce la posibilidad de coaliciones entre las feministas occidentales y las mujeres feministas trabajadoras y de color en todo el mundo (*Débate feminista* 13: 333-334).

Pero también es una realidad que dentro de los propios países latinoamericanos han surgido voces, no sólo literarias, sino académicas, que analizan concretamente los problemas regionales. En el caso de México, las universidades públicas tienen diversos centros de estudios sobre el género⁷ que seguramente se han apoyado en propuestas teóricas femi-

nistas tanto europeas como estadounidenses, pero que ofrecen sugerencias de acuerdo al contexto de la mujer mexicana.

Como dice Claudine Potvin en “De-Scribing Postmodern Feminism”:

El feminismo y la escritura sobre lo femenino representan nuevas perspectivas de análisis y a menudo códigos nuevos de significación que, en décadas recientes, han modificado radicalmente al canon literario, a las instituciones patriarcales que han marginalizado a la mujer y a las instancias hegemónicas del poder; igualmente se han cuestionado acerca de la centralización del discurso y del conocimiento. Actualmente, el pensamiento feminista, como componente y estímulo de la cultura posmoderna, ha releído y reescrito la historia al mismo tiempo, a la vez que afirmado el fracaso de los grandes relatos principalmente elaborados por hombres (filósofos, científicos, escritores, políticos y psicoanalistas) (en *Postmodern Studies*: 223, la traducción es mía).

De ahí que, como Parpart menciona al estar de acuerdo con un feminismo posmoderno:

Una aproximación feminista posmoderna también reconoce que la celebración de la diferencia no tiene nada por qué opacar la necesidad de una solidaridad entre mujeres y la importancia de una acción política global, así como nacional y regional en defensa de la mujer. Con ello eludiría las trampas de mucho pensamiento posmoderno que subestima o ignora la importancia de la resistencia y de la acción política. Un postmodernismo acrítico podría promover que el género sea visto como interminablemente múltiple “inherentemente inestable y continuamente autodestructivo (:349).

A mi entender, el género no es inestable, puesto que no existirían las innumerables coaliciones y grupos femeninos que trabajan en pro de sus derechos; muestra de ello son las reuniones frecuentes que mujeres de diversos grupos realizan para lograr puestas en común, a lo que Sonia Álvarez dice en “Articulación y transnacionalización de los feminismos latinoamericanos”:

Dichas articulaciones, con múltiples estratos, pueden percibirse como lo que Nancy Fraser denomina “contrapúblicos subalternos”, los cuales, a su vez, están cada día más imbricados con los públicos dominantes. Estos públicos alternativos han contribuido a ampliar la “constelación discursiva” en torno a temas que preocupan a diferentes grupos de mujeres y que, de otra forma, hubieran permanecido excluidos de los públicos dominantes. Por otra parte, dado que los múltiples hilos que constituyen las mallas del movimiento feminista se extienden de forma vertical, así como horizontal, construyen vínculos cruciales entre los ámbitos de los movimientos y de las políticas institucionales, los cuales han hecho posible que las demandas y discursos del movimiento se hayan traducido en asuntos programáticos de las plataformas de los partidos y sindicatos, así como en políticas nacionales y convenciones internacionales (*Debate Feminista*. Vol.15: 163).

Esto no quiere decir que se intente realizar un proyecto feminista global, ya algunas teóricas vuelven a hacer hincapié en que la búsqueda de diferencias dificulta la articulación de una política feminista, puesto que la globalización de esta política equivaldría a otra hegemonía patriarcal, de ahí que si se habla de diferencia se le vea como una diferencia en relación con el poder, diferencia que comparten diversas razas, religiones y clases económicas, dando como resultado la combinación ideal entre lo público y lo privado.

Mundos privados que abren otra alternativa a lectoras diferentes, deseos, teorías, autogestiones, neurosis, experiencias que se comparten a través del discurso feminista, toda esta reescritura de historias y teorías que ayudan a desarrollar la identidad femenina. De ahí que sí pueda existir un feminismo posmodernista que involucre no sólo todo este discurso teórico y literario dirigido únicamente a una élite de lectoras feministas o conocedoras, sino que en muchas ocasiones tanto teóricas como literatas tienen que escribir textos o dar discursos dirigidos a esas otras mujeres, que aunque sean de su misma nacionalidad apenas están accediendo, ya sea a niveles grupales, organizados por instituciones, o a nivel personal, a tomar autoconciencia de su ser femenino.

¹ Estas autoras (Ferguson yWicke) consideran al psmodernismo como un momento tal, que teóricamente coincide con la historización del postestructuralismo.

² Esencialismo: "Discurso feminista que presupone o defiende una esencia común a las mujeres, perceptible en su psique, su fisiología, sus actos, sus producciones. Una posición que asentaría la existencia de una naturaleza femenina diferente/opuesta a una naturaleza masculina" (Olivares, 1997:45).

³ Según Showalter "La etapa revisionista que se dedicó a analizar "los estereotipos de mujeres, el sexismo de los críticos, y los papeles limitados desempeñados por las mujeres en la historia literaria" estaba, en realidad, trabajando de cara a lo masculino" (Olivares, 1997:56) de ahí que denomina ginocrítica a "lo que las mujeres han sentido y experimentado".

⁴ "Término utilizado por Helene Cixous para referirse a un modo de escribir que "afirma la diferencia", una "aventura, una exploración de los poderes de la mujer. Un "cuerpo textual femenino" se reconoce porque "no cierra, no se detiene" (Olivares, 1997:42).

⁵ Pierre Bordieu no cree en el biologismo, está convencido que lo que define a los sexos es la división del trabajo, por lo tanto las percepciones de nuestra biología reproductiva son los efectos de la arbitraria construcción del género, de ahí que la opresión sexual sea sobre todo un efecto de la violencia simbólica y las relaciones tradicionales entre los sexos (Moi, 1991:passim).

⁶ "En su acepción reciente más simple, "género" es sinónimo de "mujeres"... género pasa a ser una forma de denotar las "construcciones culturales", la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para hombres y mujeres" (Lamas, 1996:271).

⁷ Muestra de esto son: UNAM/PUEG, BUAP/CEG, Universidad de Colima/Centro Universitario de Estudios de Género, COLMES/PIEM, entre otros.

B I B L I O G R A F Í A

Alcoff, Linda. "Feminismo cultural versus pos-estructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista", en *Feminaria*, año II, No. 4, noviembre 1989, Buenos Aires.

Alvarez E. Sonia. "Articulación y transnacionalización de los feminismos latinoamericanos" en *Debate Feminista*, núm. 13, abril 1997.

- Amorós, Celia. "Feminismo, ilustración y posmodernidad" en *Diálogos sobre filosofía y género*. México:UNAM, 1995.
- Casullo, Nicolás, comp. "Modernidad, biografía del ensueño y la crisis", en *El debate modernidad pos-modernidad*. Buenos Aires: Puntosur, 1989.
- De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*, Tomo II. Argentina: Siglo Veinte, 1986.
- Di Stefano, Christine. "Dilemmas of Difference: Feminism, Modernity, and Postmodernism", en *Feminism/Postmodernism*, Linda J. Nicholson (ed.), USA: Routledge, 1990
- Golubov, Nattie. *De lo colectivo a lo individual: la crisis de identidad de la teoría literaria feminista*. Los cuadernos del acordeón, México:Universidad Pedagógica Nacional, 1993.
- Lamas, Marta, comp. "El Género: una categoría útil para el análisis histórico" en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG, 1996.
- López, Aralia.coord. "Justificación teórica: fundamentos feministas para la crítica literaria", en *Sin imágenes falsas sin falsos espejos*. México: Colmex, 1995.
- Lyotard, Jean François. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. México: Gedisa, 1989.
- Moi, Toril "Appropriating Bourdieu: Feminist Theory and Pierre Bourdieu's Sociology of Culture" en *From New Literary History*, Vol. 22. No. 4, otoño 1991.
- Nicholson, Linda. "Feminisms and Feminizations in the Postmodern", en *Feminism and Postmodernism*, Margaret Ferguson and Jennifer Wicke (eds.) USA: Duke University Press, 1994.
- Olivares, Cecilia. *Glosario de términos de crítica literaria feminista*. México: Colmex, 1997.
- Parpart, Jane L. "¿Quién es la otra? Una crítica feminista postmoderna de la teoría y la práctica de mujer y desarrollo", en *Debate feminista*, núm.13, abril de 1996.
- Potvin, Claudine. "Describing Postmodern Feminism", en *Latin American Postmodernisms*, Richard A. Young (ed), Postmodern Studies 22, USA: University of Alabama, sin fecha.
- Wicke, Jennifer and Margart Ferguson, eds. *Feminism and Postmodernism*. USA: Duke University Press, 1994.
- Yúdice, George. "¿Puede hablarse de postmodernidad en América Latina?", en *Revista Crítica Literaria Latinoamericana*, año XV, No.29, 1989.

